



UNA VOZ
al paso del
ECLIPSE

ADRIANA CRISTINA RUEDA

**UNA VOZ AL PASO
DEL ECLIPSE**

Adriana Cristina Rueda

Una voz al paso del eclipse

© 2026 Adriana Cristina Rueda Sañudo

Primera edición: 2026

Bogotá, D.C., Colombia

Todos los derechos reservados. Ninguna porción de este libro podrá ser reproducida, ni almacenada en algún sistema de recuperación, ni transmitida en ninguna forma o por cualquier medio (mecánico, fotográfico, sistema de fotocopiado, de grabación u otro), salvo en el caso de citas breves, sin la autorización previa y por escrito de la autora.

Esta novela es una obra de ficción inspirada en experiencias reales. No constituye un relato autobiográfico ni documental. Los hechos, personajes y situaciones han sido transformados y recreados con fines literarios.

Coordinación editorial: Alexandra Castrillón Gómez – Autor de Éxito

Corrección de estilo y ortotipografía: Ana Isabel Soto Parra

Diseño de portada: Robinson Vargas Obando

*A mi familia,
por esas miradas que vienen del alma.*

*La vida siempre encuentra
la forma de decirte que
aún estás a tiempo.*



Prólogo

Hay momentos de la vida en los que las circunstancias nos detienen para, por fin, mirar. No hacia adelante, donde siempre parecen estar las tareas, las metas y las urgencias, sino hacia ese territorio más difícil y más hondo donde siguen latiendo las escenas que nos hicieron quienes somos. En *Una voz al paso del eclipse*, ese momento comienza frente a un conjunto de fotografías. Natalia las observa justo al cumplir cincuenta años y, al hacerlo, entra en una conversación silenciosa con las distintas mujeres que ha sido.

Cada imagen evoca algo más que un recuerdo. Trae de vuelta una sensación, una herida apenas visible, una palabra que dejó marca, una decisión tomada desde el miedo o desde la intuición. Así, la memoria avanza con el ritmo de quien toca superficies antiguas y reconoce en ellas una temperatura todavía viva. La infancia, la enfermedad, los afectos, las pérdidas, la soledad, el amor y la posibilidad de volver a elegirse forman parte de ese recorrido.

Una de las virtudes de este libro reside en la manera en que Adriana Cristina Rueda construye esa exploración. La mirada de Natalia se desplaza con honestidad, sensibilidad y una atención constante a los detalles que forman una vida: una palabra dicha

en la niñez, una etiqueta asumida demasiado pronto, una relación amorosa, una decisión difícil, una enfermedad que acompaña y exige nuevas formas de comprenderse. En esa trama, la vulnerabilidad surge con una fuerza serena, sin aspavientos, sostenida por una voz que se permite observar y nombrar.

En *Una voz al paso del eclipse*, las fotografías ordenan el pasado, pero también revelan algo del presente. Entre una página y otra emerge la trama afectiva que ha sostenido a Natalia: sus padres, la amistad, las presencias que acompañan sin invadir y que permanecen incluso cuando no tienen respuesta para el dolor. Esa red silenciosa le da espesor a la historia y acompaña el movimiento interior de quien empieza a verse con mayor verdad.

El eclipse al que alude el título atraviesa el libro como una imagen discreta y precisa. La sombra pasa sobre la vida, altera su contorno y obliga a mirar de otro modo. En ese cambio de luz, una voz empieza a distinguirse con más nitidez. Al final, queda la impresión de haber acompañado a una mujer en el momento preciso en que su historia empieza a adquirir una claridad distinta.

Te invito a entrar en estas páginas y a recorrerlas con la disposición de quien se atreve a mirar sin prisa. Tal vez este libro te recuerde que la vida no siempre se comprende mientras ocurre, pero deja señales; y que, al volver sobre ellas, algo se ordena, algo se revela, algo empieza a decir su nombre. Esa es la fuerza silenciosa de esta historia: recordarnos que toda voz,

incluso la que ha permanecido largo tiempo en la penumbra, puede volver para encontrar su esencia.

Alexandra Castrillón Gómez
Escritora galardonada y mentora de autores de éxito
alexandracastrillon.com

1



AMANECEER A LOS CINCUENTA

No fue un despertar cualquiera. Era 24 de febrero y justo ese día cumplí cincuenta años. Miré el reloj de mi mesa de noche: apenas eran las siete de la mañana —muy temprano para mí—, pero la luz del sol era tan fuerte que, en realidad, me había despertado desde las seis.

Ni siquiera alcanzaron a sonar las tres alarmas que tengo programadas. Qué bueno que fue así, porque al levantarme para cerrar bien la cortina lo que terminé apreciando fue el amanecer más espectacular que he visto en mi vida. Las pocas nubes que había se fueron despejando y el sol, completamente naranja, ascendía lentamente por detrás de la montaña. Poesía pura.

Tal vez esa fue la manera que eligió el universo para sonreírme. Los colores del cielo parecían salidos

de un lienzo. Ahora entiendo por qué Claude Monet bautizó así a uno de sus cuadros más famosos: *Impresión, sol naciente*. Quedé fascinada.

Mis papás me llamaron para felicitar me a las seis y media de la mañana, para que nadie les ganara. ¡Siempre son los primeros! Hicimos una videollamada, porque la voz sola no es suficiente. Aunque casi siempre están en el mismo lugar, cada uno quiere su propio cuadro en la pantalla, así que hace años creé un grupo en el que cada uno habla desde su propio celular.

Aún estaba medio dormida, pero ver sus caras de felicidad me recargó de energía. Me cantaron *Las mañanitas* y sus ojos enlagunados me llenaron de ternura. Han sido los mejores padres: compañeros, guías, mi refugio... y también el motivo de muchas de mis sonrisas. ¿Cómo no amarlos hasta el infinito?

—Bueno, papá, mamá, no siendo más por ahora, me voy a bañar y preparo algo rico de desayuno. Dentro de tres horas tengo cita en la peluquería; al medio día almorzamos y en la tarde... ya veré qué me invento.

Colgamos y entró una llamada de la portería.

—Señorita Natalia, hay algo que acaba de llegar para usted —dijo Antonio, uno de los porteros del edificio donde vivo.

—Yo bajo después a recogerlo, gracias.

—Jum...mejor baje de una vez, señorita. Yo sé por qué se lo digo.

No entendí cuál era el misterio, pero no iba a quedarme con la duda. Me puse una sudadera, tomé las

llaves y fui al ascensor, pero estaba ocupado. Bajé rápido por las escaleras; al fin y al cabo, son solo tres pisos.

—Parece que va a desayunar muy bien, señorita Natalia. ¿Está de cumpleaños?

—Sí, Antonio. ¿Y quién dejó esto?

—El señor elegante que viene a veces a recogerla en ese carro finísimo. Así de caro le debió salir este desayuno.

Leí la tarjeta. Solo decía: «*Brillas*». Para otros eso podría no significar nada; para mí, todo.

En efecto, fue él: Carlos. Un hombre guapísimo que conocí cuatro meses atrás. Coincidimos en la gala anual de entrega de premios que otorga la Asociación de Emprendedores Digitales, de la cual él es uno de los fundadores. Asistí porque, como me apasiona el mundo de la tecnología, tengo contactos que me invitan a estos eventos. No parecíamos un par de extraños; por el contrario, ambos tuvimos la sensación de conocernos desde hacía mucho tiempo.

Aquella noche, al despedirnos, me miró a los ojos unos segundos, me dio un beso en la mejilla y me dijo esa palabra. Desde entonces se volvió un código secreto entre los dos.

—¿Traerme un desayuno sorpresa? Eso no lo esperaba.

—¡Por eso lo llaman sorpresa, señorita! —respondió Antonio.

Un comentario más y yo iba a explotar de la risa. Para algunos vecinos su actitud es atrevida, pero ya

conozco su forma de ser y no me amargo con eso. Al fin y al cabo, es solo una broma.

—¿Se va a comer todo eso? —dijo, con cara de no haber probado bocado en días, aunque siempre que lo veo tiene algo de mecató en el bolsillo.

La caja era enorme: fruta, *waffles*, pan, *omelette*, queso, jamón, café, leche, jugo de naranja, chocolates... todo decorado con flores de color amarillo, rojo y naranja, y un globo que, por supuesto, decía: «Feliz cumpleaños».

—No, claro que no. Es demasiado para mí. Aquí le dejo el pan, los huevos y el café, ¿le parece?

—¡Uy, señorita Natalia, así siga cumpliendo más seguido! Dios le pague y que tenga feliz día.

Él me hace reír y, además, es una buena persona. Se merece un detalle de vez en cuando.

Subí y tomé el celular para llamar a Carlos y agradecerle, pero en ese instante entró una llamada.

—¿Aló?

—¡Feliz cumpleaños, Nata! ¿Qué se siente llegar a los cincuenta?

Gaby. La otra llamada que nunca falta. Mi compañera de aventuras, mi hermana elegida. Nos conocemos desde niñas y hemos vivido tantas cosas juntas que me atrevo a decir, sin dudarlo, que es quien más me conoce en este mundo.

—Solo te llevo cinco días —le respondí— y todo se siente perfecto. Es más, me siento mejor que a los cuarenta y nueve. Ya me dirás cómo te va la próxima semana.

—Acuérdate de que yo llegué a los treinta y cinco y paré de contar. Ese es mi número eterno. Bueno, como sé que debes estar en tu cama haciendo pereza, y la semana pasada dijiste que no ibas a organizar nada para hoy —aunque te lo mereces—, ¡hoy celebramos en tu apartamento!

Conociéndola, debía tomar aire y prepararme para lo que su cabecita loca hubiera inventado.

—Tengo todo bajo control. Me tomé el atrevimiento de contactar a la señora de catering de mi empresa. Es buenísima y no es costosa. También llevo la decoración: compré unos globos y un aviso gigante para la pared. Tranquila, no te voy a dañar la pintura. Llevo unas botellas de champaña que me regalaron los proveedores de la empresa. No tienes que hacer nada, solo ponerte espectacular. Yo me encargo del resto. Ah, por cierto, tu mamá me va a ayudar. Entre las dos llamamos a unas cuantas personas; no son muchas, solo veinte.

Cuando le da por hablar nadie la detiene. Parece lanzar palabras en ráfaga y eso puede llegar a ser incómodo para algunos. A veces se toma demasiadas atribuciones, pero ¿cómo negarse a la ayuda de alguien que ha estado contigo en las buenas y en las malas y sabe, incluso antes que tú, lo que te va a hacer feliz?

—¿Veinte? ¿Dónde se supone que va a caber tanta gente? ¿A quiénes invitaron?

—Relájate, respira, que te estresas y te salen canas. Mira, te leo la lista. Son solo nuestros mejores amigos

del grupo; ahí van siete junto a nosotras dos. Tu tío Alfredo con su esposa y tus primas: vamos once. Tu tío Raúl y la nueva esposa: trece, aunque me caía mejor la anterior. Tus dos amigas del trabajo: con ellas vamos quince. Obviamente tus papás: diecisiete. Tu vecina y el esposo, que se han portado muy bien, hay que decirlo: diecinueve.

—¿Y el último quién sería?

—Lo dejé provisional, por si quieres invitar a ya sabes quién. Si me preguntas, pienso que deberías.

—Carlos... si vieras, me mandó un desayuno con flores y todo. Ese detalle fue muy lindo. No esperaba ni siquiera que se acordara. Una de las veces que salimos me preguntó cuándo era mi cumpleaños, pero honestamente no pensé que me hubiera prestado atención.

—¿No es un sol? ¡Yo quiero uno así! Si no lo invitas, lo hago yo.

—Ni se te ocurra, déjame pensarlo. Igual, lo voy a llamar más tarde para darle las gracias. Justo lo iba a hacer antes de que me llamaras. Bueno, no más charla. Entonces tú te encargas de todo, ¿cierto?

—¿Qué parte de: «sí, lo tengo todo bajo control» no te quedó clara? Además, tengo copia de las llaves de tu apartamento, ¿se te olvida?

—Cierto. Y ya que armaste fiesta, no me voy a poner cualquier cosa. Voy a salir en la tarde al centro comercial a comprar un vestido que me pareció lindísimo.

—¡Perfecto! Es más, demórate todo lo que puedas, porque queremos que te sorprendas. ¡Lo que tengo en mente es un éxito! ¿Por qué no vas al cine?

—¿Sabes que sí? Hace mucho no hago ese plan. Bueno, quedas encargada. Y, por favor, no hagas desastres.

—Suelta, entrega, delega —contestó—. Recuerda lo que dijo la maestra de yoga: hay que respirar y dejar fluir.

Y así comenzó ese día, entre risas, sorpresas y una sensación nueva que me recorría por dentro.

Me estaba gustando... y mucho.